

PRINCIPIO Y FUNDAMENTO II – FIN DE LAS CREATURAS

Meditaciones de San Alberto Hurtado, SI.

Material extra (optativo)

Ofrecemos dos meditaciones extras, optativas, de San Alberto Hurtado que puede ayudar a tener una visión de fe de nuestra vida, para vivir así mejor el “tanto cuanto”.

[Visión de eternidad I](#)

[Visión de eternidad II](#)

†

VISIÓN DE ETERNIDAD I¹

Pedimos heroísmo a los cristianos, y ¡tanto heroísmo! ¿En qué se basa esta exigencia? En la visión de eternidad de la vida. "*Por aquí, allá*".

Santo o burgués, según se comprenda o no esta visión. El burgués es el instalado en este mundo, para quien su vida está aquí, que tiene criterio de tiempo. Todo lo mira en función del placer. La vida para él es un limón que hay que estrujar hasta la última gota; una colilla de cigarro rubio que se fuma con fruición, sin pensar que luego quedará reducido a una colilla; un árbol cuyas flores hay que cortar pronto... Burguesa es la mentalidad opuesta en todo al cristianismo: es resolver los problemas con sólo el criterio de tiempo. *Carpe diem!* Goza, goza. Vivir la vida. Es esa realidad que multiplica los medios de placer y gozo.

El mundo de lo sensible, en el cual nos movemos; el positivismo con que se juzga todo (hasta la ciencia se ha hecho positivista); el industrialismo moderno que acentúa esa sed de gozo, ofreciéndonos atractivo en todo lo que nos rodea; el cine, el gran predicador del materialismo y de la vida fácil; la propaganda del placer y del lujo que cubre los muros y va por las ondas: Todo nos predica el materialismo.

Y no es raro que nosotros sacerdotes caigamos también en ese materialismo práctico. Levantarnos pensando en el negocio, el examen o el placer..., y todo el día sucesión de actos que van allá mismo: al dinero, al placer, o a lo que allá lleva. Hasta soñamos con eso.

¹ Alberto Hurtado, *Un disparo a la eternidad*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2004³, p. 172-176.

Este hermoso texto podría ser también una reflexión personal, inicialmente, no destinada a la predicación de un retiro en particular. La meditación probablemente es de 1943.

De aquí que el mundo moderno se mueve, se agita, pero ha perdido el sentido de lo divino. Despertemos en nosotros ese sentido de lo divino que se fundará en un conocimiento exacto de mis relaciones con Dios (meditación para ser hecha sentado; el Reino, de pie; el pecado, de rodillas). "Yo soy el Señor". Dios, el Señor, fundamento de la devoción a Dios: la gran devoción.

¡Dios! ¡Cómo ensancha el alma ponerse a meditar estas verdades las mayores de todas! Es como cuando uno se pone a mirar el cielo estrellado en una noche serena.

La razón nos lleva a Dios. Todo nos habla de Él: El orden, la metafísica, el acuerdo de los sabios (Flers), los santos y místicos (Bergson). Él es el que es. Yo soy el que soy, "Si hubo cuando hubo nada, nunca hubo nada".

La naturaleza de Dios: Santo, Santo, Santo; armonía, orden, belleza, amor. Dios es Amor; Omnipotente. Puede esperar: es eterno.

Nada puede ser sin Él. Nada le hace falta. Y Él hace falta a todo lo que no es porque "le falta Dios"; el mundo pasará y Dios seguirá lo mismo.

Pensemos cuando los mundos no eran... Imaginemos el acuerdo divino... El brotar primero de la materia. La evolución de los mundos. Los astros que revientan. Los millones de años. "Y Dios en su eternidad". ¡Cualquier tonto puede hacer una poesía sobre un árbol, pero un árbol no lo puede hacer más que Dios, dice un poeta inglés!

¡Todo dependiendo de Dios! Por tanto la adoración es la consecuencia más lógica, la manifestación de mi dependencia total!

La oración que a veces nos parece inútil, ¡qué grande aparece cuando uno piensa que es hablar y ser oído por quien todo lo ha hecho! A Dios que no le costó nada crear el mundo ¿qué le costará arreglarlo?, ¿qué le costará arreglar un problema cualquiera? Tanto más cuanto que nos ama: ¡Nos dio a su Hijo! (Jn 3,16). A veces un desaliento porque no comprendo a Dios, pero, ¿cómo espero comprenderlo, yo que no comprendo sus obras?

Consecuencia: mucho más orar que moverme. Además que en el moverme hay tanto peligro de activismo humano.

¿Y yo? Ante mí la eternidad. Yo, un disparo en la eternidad. Después de mí, la eternidad. Mi existir un suspiro entre dos eternidades.

Bondad infinita de Dios conmigo. Él pensó en mí hace más de cientos de miles de años. Comenzó (si pudiera) a pensar en mí, y ha continuado pensando, sin poderme apartar de su mente, como si yo no más existiera. Si un amigo me dijera: los once años que estuviste ausente, cada día pensé en ti, ¡cómo agradeceríamos tal fidelidad! ¡Y Dios, toda una eternidad!

¡Mi vida pues, un disparo a la eternidad! No pegarme aquí, sino a través de todo mirar a la vida venidera.

Que todas las creaturas sean transparentes y me dejen siempre ver a Dios y la eternidad. A la hora que se hagan opacas me vuelvo terreno y estoy perdido.

Después de mí la eternidad. Allá voy y muy pronto. En el teatro (señoras) Alberto, Astrid, Arturito Tocornal, en un barco, un bombardeo, la guerra, en plena salud.... Cuando uno piensa que tan pronto terminará lo presente saca uno la conclusión: ser ciudadanos del cielo, no del suelo.

En un momento muerte, "aquello que está escondido aparecerá"; todo el mal y todo el bien, todas las gracias recibidas. "¿Qué diré yo, entonces, miserable?... ¿A qué patrón rogaré?". Esto tan pronto se presentará. Don Juan Subercaseaux, Duque de Kent.

Al pensar en mi término, en mi destino eterno, no puedo menos de pensar... ¿Cuál es mi fin? ¿Adquirir riquezas? No. ¿Cuántos no podrían alcanzar su fin! ¿Alcanzar comprensión de los seres que me rodean? ¿En guardarlos junto a mí?... Todo esto es digno de respeto, pero no es mi fin. Con ello o sin ello, servir a Dios (EE 23). En el París del 70, como en el del 18, o en el del 43. El fin de mi vida es Dios y nada más que Dios, y ser feliz en Dios. Para este fin me dio inteligencia y voluntad, y sobre todo libertad (la inteligencia y la voluntad sin libertad serían cosa inútil).

La norma que me puso fue la santidad que consiste en que conozca a Dios. ¿Me preocupo de conocerlo? ¿Cultivo mi espíritu? En que lo alabe: mi Opus laudis. ¿Cómo rezo? ¿Doxologías, Salmos, Gloria al Padre? Servirlo las 24 horas del día, sin jubilación, con alegría y generosidad. Y luego, salvar el alma (EE 23).

"Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan" (Mt 11,12). "¿Qué estrecha la puerta que lleva a la Vida y poco son los que la encuentran" (Mt 7,14). "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo" (Mc 8,34).

San Pablo: "Así peleo, no como quien azota el aire, sino que castigo mi cuerpo y lo reduzco a esclavitud, no me acontezca que predicando a otros, yo mismo me condene" (1Cor 9,26-27).

Lo que han hecho los santos: cilicios, disciplinas; San Francisco Borja; el santo monje que cuando entró una mujer disfrazada pone el pie en el fuego: ¡25 años que llevó esta penitencia por el cielo!

¡Salvad el alma! nos dicen los santos: la tierra pasa, pero el cielo no; los condenados: ¡estos fuegos jamás se apagan!; los sepulcros: ¡cuánta vanidad en todo! Ya es hora que me levante del sueño (cf. Rom 13,11). Si descuido el hacerlo, injurio a Dios. ¡Peligra mi alma!

¡Vivir, pues, en visión de eternidad! Cuánto importa refrescar este concepto de eternidad que nos ha de consolar tanto. La guerra, los dolores, todo pasa ¿Y luego? Nada te turbe, nada te espante, ¡Dios no se muda!. Y después de la breve vida de hoy, la eterna. ¡Hijitos míos! No os turbéis. En casa de mi Padre, hay muchas moradas (cf. Jn 14,2). La enseñanza de Cristo está llena de la idea de la eternidad, en 14 lugares, por lo menos, nos habla del infierno.

Consecuencia de mi visión de eternidad:

Acordarme frecuentemente. "Somos ciudadanos del cielo" (Flp 3,20) "Donde está nuestro tesoro, allí está nuestro corazón" (cf. Mt 6,21).

Alegarme de tener que ir allá. No temo la muerte porque es el momento de ver a Dios. Sé que mis males tienen término, que mis aspiraciones lograrán su objeto.

Mi vida de aquí es un estadio, una milicia, una pelea en que procuro asemejarme a Dios. Carlos IX de Francia preguntó al poeta italiano Torcuato Tasso: -¿Quién es el más feliz? -Dios. -Pero ¿entre los hombres? -El que más se asemeje a Dios. -Bien, Pero, ¿cómo asemejarnos, con la fuerza, con el poder? -No, con la práctica de la virtud.

De aquí paciencia. ¡Job, Eleazar, Macabeos, marineros españoles que mueren felices! No hay derecho: nos han robado media hora de cielo, Señor, cuándo quieres me puedes moler... La leprosa: Mi cuerpo se deshace; yo seguiré tus huellas cuando este débil lazo se acabe de romper. ¿Quién es Jesucristo? El que ha tomado sobre sí todo el dolor del mundo; el que arriba me devolverá mi esposo.

De aquí, generosidad, desprendimiento: Heroísmo. Todo tiene premio. ¿Qué es lo que alienta a las hermanitas de los pobres? El cielo. El monje que tenía una ventanita chica abierta al cielo. En sus tristezas, miraba por ellas y se rehacía.

De aquí la íntima comprensión que nada más grande que tratar con Dios, que Dios es la gran realidad, en cuya comparación las otras realidades no merecen tal nombre, son menos que muñecas en comparación del ser viviente. ¿Quieres realidad en la medicina? Pero, ¿qué es esa realidad en comparación de Dios, fuente de toda realidad? El que trata con Él, trata con la auténtica, gran realidad. Mi conversación con Gaete bajo los sauces de Marruecos, cuando dudaba si comenzar medicina para conocer la realidad.

¡De aquí el santo, el pacificado, sereno, alegre, iluminando su vida con el recuerdo del cielo!

VISIÓN DE ETERNIDAD II²

Introducción

Vivimos en el mundo del dolor y de la desesperanza. La palabra de nuestro siglo es la "angustia"; la amargura... la angustia hasta la locura, la pérdida de toda esperanza... epidemias de suicidios. Y uno comprende: lo único que han amado, en lo que han creído, está destruido o desmoronado. Raza, Patria, bienes materiales, amor, todo liquidado; el pasado, dolor; el presente en la angustia y el futuro en la incertidumbre total.

Y sin embargo el mundo ha sido creado por un Dios Padre, redimido por el Hijo, en una efusión de amor, y está animado por el Espíritu, cuyo nombre, el

² Alberto Hurtado, *Un disparo a la eternidad*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2004³, p. 177-180.

Esta meditación pertenece al primer día de un retiro predicado en Semana Santa de 1948, a un grupo de jóvenes. Hacia poco el P. Hurtado había regresado a Chile después de participar en las Semanas Sociales de estudio en Francia; por eso comienza describiendo la desastrosa situación de la Europa de la posguerra.

Paráclito = Consolador. Si miramos nuestra vida a la verdadera luz de la fe, no tenemos sino razón para anidar la confianza y el optimismo muy adentro, pero a condición que queremos mirar el mundo con ojos de fe, juzgarlo con ojos de fe.

La pequeñez de esta grandeza.

El anciano Jacob al morir decía: "El tiempo de mi peregrinación es de 130 años. Pocos y malos han sido los días en los años de mi vida; y no han alcanzado los días de los años de mis padres, en los días de su peregrinación" (Gén 47,9). ¿Por qué el anciano Patriarca llamó pocos a sus días, cuando vivió el doble de lo que nosotros? ¿Por qué los llamó malos, cuando tuvo riqueza, honores y lo que es más, la gracia de Dios? Y sin embargo describió sus días como malos, cortos, una peregrinación... El Patriarca alude a la vida más larga de sus padres, pero no fue la causa de su lúgubre discurso que Abraham hubiera vivido 175 años, Isaac 180 y él, cuya vida no había terminado, iba en los 130. Cuando el tiempo ya ha desaparecido, no importa nada cuán largo haya sido; y por esto el Patriarca se quejaba, no por los pocos años sino porque tocaba a su fin. Cuando la vida ha pasado, lo mismo da que haya durado 50 o 200 años. Esta es la característica del hombre desde que nace: Mortal, que lo hace igualmente pobre. Todos los aspectos en que los hombres difieren: salud, riqueza, etc., desaparecen ante su común destino, la muerte. Los años que se han ido no le dejan más consuelo, que sus buenas acciones.

Si Jacob hubiese vivido como Matusalem, también hubiese llamado corta su vida. Aunque parezca contradicción, las horas pueden parecer largas, pero los años son cortos y desaparecen sin dejar rastros. La duración es como polvo y nada pesa en comparación con un momento de la vida interior (aludir a Human Destiny).

Tenemos un principio espiritual en nosotros sumamente exigente: A cada momento esperamos algo grande y nos sentimos desilusionados al ver lo poco que hemos hecho. Es la sed, el tormento de infinito. La vida de aquí promete y nunca cumple.

Promete y no cumple

La vida terrena nos promete la inmortalidad, sin embargo es mortal: contiene la vida en la muerte y la eternidad en el tiempo, y nos atrae con comienzos que sólo la fe puede llevar a término. La conciencia nos está hablando cada día de inmortalidad. Al ver, sobre todo, a los hombres genios y sabios, vemos tal desproporción entre los dones de que están dotados y el tiempo de que disponen para usarlos, que la mente no puede menos que pensar que se requiere otra vida en que se puedan desarrollar tantas promesas apenas mostradas. Cuántos temperamentos generosos mueren en la pobreza. Cuántos inteligentes que no pudieron emplear su genio, ni ser comprendidos... ¿Habría fracasado? ¿Su espíritu no logró su objetivo? Llegó a anciano, murió... sin desplegar sus cualidades. Esto nos lleva a pensar en una vida futura en que estas cualidades se muestren y actúen. La excelencia de nuestras cualidades nos presenta esta vida como ruinosas. La ruindad de la presente nos hace presentir la eterna. La perspectiva de esta vida imparte grandeza y dignidad a ésta, y de ahí que esta vida sea a la vez, grande e insignificante.

Y si esta vida es corta, por larga que sea, dada la gran desproporción entre ella

y los poderes del hombre regenerado, lo es más en el caso de ser interrumpida por una muerte prematura. Hay hombres que demuestran rápidamente su sobrehumana grandeza y a los cuales no les hubiera bastado una vida larga para llegar a la perfección de tales virtudes... súbito llegan a su fin y, cuando los perdemos, vemos que apenas hemos tenido tiempo de conocerlos. ¿Podemos dejar de creer que no han sido trasladados a otro lugar para cumplir una misión más noble?

Existe algo en la verdad moral, en la bondad, en la fe, en la firmeza, en la humildad, en el valor, en la amabilidad, que no se llena en este mundo y para lo que resulta insuficiente la vida más larga... Por eso decimos a su muerte: "No demostró ni la mitad de lo que pudo; se desvaneció como el humo, se marchitó como la hierba".

Pero esta misma contrariedad nos da esperanza. Pues si esta vida se muestra tan poco acabada, seguramente no puede ser ella la verdadera vida... Si vemos el fin de los justos tan parecido al de los malos, a veces en dolores, inconsciencia, ¿no podemos pensar: la manifestación de los hijos de Dios será después? Algún día brillará como el sol en el reino de su Padre.

El momento separación

Sorpresa es sin duda la que experimenta el cristiano fiel al separarse del cuerpo y darse cuenta de que su prueba ha llegado definitivamente a su fin. Al separarse del cuerpo, el espíritu sin duda que experimentará un sentimiento feliz: Así es que todo lo demás pasó y esto es lo que he esperado tanto tiempo; por lo que tantas veces desfallecí... trabajé y sufrí. La muerte se ha ido. ¡Ah! ¿Será posible? ¿Qué prueba tan fácil! ¿Qué precio tan bajo para la vida eterna! Alguna enfermedad, algún dolor agudo de vez en cuando, algunas luchas espirituales, contradicciones. ¡Cuánto me heristeis cuando pensé en vosotros!, y ¡qué pocos sois ahora! La vida humana encerrada en el marco del mundo es despreciable, pero a su verdadera luz, es cual diminuta semilla que produce la gloria eterna.

Esta vida es apenas más que un accidente de nuestra existencia; es algo así como un escenario exterior a nuestro espíritu que se nos da para que respondamos si amamos o no a Dios y su voluntad de caridad. Esta vida es sueño, sueño serio... pero, en sí, es como una sombra sin substancia frente a la gran realidad divina.

Ama este mundo, no lo desprecia, se interesa por él porque es el camino del otro, es la obra de Dios, pero su término es Dios en cuya comunión íntima aspira a perderse.

Esta vida es el estadio en que se lucha por la otra; el campo de trabajo, en colaboración con Cristo, para preparar el día sin sombras, para gloria de Dios y de los que acepten su voluntad. Pero mirada en sí, sin relación a la otra, esta vida es vanidad de vanidades. Podemos ser pobres o ricos, jóvenes o viejos, ricos o pobres, mas todo esto no debería afectarnos más que una comedia que representamos. El único deseo que debe impulsarnos es ver a Aquel, que hoy está oculto de nosotros, y los que en Él viven.

¿Qué tenemos que ver nosotros con este mundo mirado en sí, nosotros que hemos sido bautizados para el otro? ¿Por qué ansiar una larga vida, crédito y

bienestar, sabiendo que toda la dicha nos aguarda, y para siempre, si vivimos en Cristo? ¿Por qué descansar en este mundo, cuando tenemos el descanso eterno? ¿Por qué contentarnos con lo que se nos ofrece a flor de tierra en vez de apropiarnos de lo que está atesorado en sus entrañas? A aquellos que viven por la fe, todo lo que ven les habla del mundo futuro: sol, luna, estrellas... flores... son símbolos y representaciones que les señalan las obras invisibles de Dios. Todo lo que vemos está destinado a ser floración celestial y transfigurado en gloria inmortal. El cielo está actualmente fuera de nuestra vista, pero pronto aparecerá, cuando se derrita la nieve que nos impide ver el tesoro oculto. En aquel día, las sombras se retirarán y la substancia se mostrará. El sol se tornará pálido ante el esplendor de quien él es su imagen, el Sol de justicia. Las estrellas, ángeles y santos que circundan su trono.

¡Ven, Señor Jesús, a poner término al tiempo de la espera, de los cuidados!

Ojalá podamos aprender la lección de este mundo y mejorar el regalo de la vida, y así, al notar que se marchita, nos regocijamos de ella como de un don precioso. Ojalá no nos sintamos manchados con faltas pasadas... si no fuera por esto, con qué alegría saludaríamos cada nuevo mes, cada nuevo año, como señal que Nuestro Salvador está más cerca de nosotros que antes.